

treven..... no diré que nó, pero ésto no tiene importancia. Además son muy divertidos y á veces son tan chistosos con sus historietas.

Luisa sonrió con imperceptible ironía y luego siguió:

—Algo que me desagrada á veces profundamente, me pasa desde que estoy aquí. Es una sensación de miedo y de pena que suele ponerme hasta enferma. Me parece que es un presentimiento ó como una desconfianza—al decir estas palabras rápidamente su fisonomía había dejado de mostrar el agrado y se tornaba trizte. —Cree Vd. en los presentimientos?—preguntó al Cashier.

Este se sobresaltó con aquella pregunta y tartamudeó algunas palabras que indicaban que no tenía especial idea sobre el particular.

—Tonterías. Hace mucho tiempo que no soy muy exigente en cuestión de felicidad—continuó Luisa—pero nunca me he sentido tan infeliz como aquí. Pasan por mi algunos días verdaderamente sombríos y deseo, ansío, cambiar esta situación.

La música seguía compaseando ferozmente los melódicos! "two steps."

En este momento pasaron por frente á los

conversantes las italianas y las tres simultáneamente se inclinaron para besar cariñosamente á Luisa.

—La quieren á V. mucho ¿Verdad?

—Sí, son buenas amiguitas mías.

—Tuviera V. la bondad de decirme, cuanto tiempo tiene V. de vivir en la República?—interrogó repentinamente el Cashier.

—Unos cinco años, casi desde que me casé—contestó Luisa, extrañando un poco el modo de preguntarle el Cashier.

—Bueno. Bueno. Pero la cuestión es saber si V. es mexicana — el Cashier preguntaba con ansiedad y como impaciente por saber la contestación.

—Naturalmente. Mi marido es mexicano y yo lo soy también por que tengo que seguir su nacionalidad.

—Pero su familia, la de V., es mexicana?

—No, Señor. Mi padre era francés de ciudadanía americana y mi madre inglesa.

A Luisa le extrañó sobre manera aquel interrogatorio tan fuera de ocasión, pero no se detuvo á pensar sobre el particular y por lo pronto no se preocupó por sacar deducciones de aquello. En cuanto al Cashier, como si hubiera ya concluido su negocio, pidió permiso para se-

pararse de allí y se dirigió á hablar con Castañeta.

Luisa se distrajo luego al contestar la pregunta que le hacía la Señora respecto á sí acostumbraba confesarse.

—Una vez al año.

—Será bueno que lo haga V. mas seguido.

En ese momento se acercó la hija del Cashier y sonriendo, con su estraña sonrisa, dijo:

—Mamá. Hazme favor de ver como está esta falda por detrás. Creo que se me ha roto—la joven venía cogida del brazo del joven judío Arnold.

En el furor del "two-step" se le habían caído algunos broches de la falda. Luisa, diligentemente, compuso en un momento el desperfecto y la joven siguió adelante empeñada en el baile y sonriendo, sonriendo.....

La música anunció un wals. El Doctor Tordillo se acercó al lugar que ocupaba Luisa invitándola á bailar y ambos se lanzaron al torbellino del baile.

El Curita se había retirado, llevando en su evangélico corazón toda la sublime santidad de aquella noche, dulce y sublime como el beso de la mujer amada.....

En otro extremo del salón, el Doctor de los

bigotes chinescos en unión de Arnold, el judío mayor, platicaba con algunas muchachas, entre las que descollaba la viuda que ya conocemos; tres ó cuatro solteras y una respetable mamá llamada Doña Teodosia (Torosía le decían las gentes) Eran las dos de la mañana y el "lunch-champagne whiskey, surtía sus efectos

El Doctor de los bigotes chinescos contaba ahora chascarrillos capaces de ruborizar á Castañeta, su voz era mas aleperada y aquello surtía un efecto que se traducía en carcajadas á todo trapo, lanzadas por el femenino corrillo. Doña Torosía, francota, corpulenta y ranchera fronteriza, reía de un modo que hacía temblar la casa.

Hubo un momento de silencio mientras se sorbía en pequeños tragos el champagne traído galantemente por Bigotes Chinescos. El joven Judío mayor hablaba en secreto con la viudita, como tratando de hacer creer á los demás que le estaba dirigiendo palabras de amor (así hablaba siempre á todas aquellas chicas) la viuda no contestaba; él viendo esto, le dirigió la palabra en alta voz pero con marcada modulación de afeminado marica:

¡¡Ay!! ¡¡Ay!! Güerita—(así la llamaban en confianza sus amigas) —Pero que repugnantita

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1920. 1925 MONTERREY, MEXICO

se está haciendo V. ¡Válgame Dios! eso ya pasa, ya pasa, ya ya pasa.

—Por qué? Arnold. Dígame. Pórqué?.

—“Pos” que cree que no me ñjo en que ya no quiere decir palabra. ¡Está bueno! ¡Está bueno!

Háblale. ¡Por Dios! Güera—dijo Doña “Torosia.”—Dile algo, aunque sea que es chulo, chulísimo.

—Eso dígaselo Vd. Doña Torosia,—le insinuó la Güera.

—Y por qué no se lo he de decir pues? ¡Ay!! ¡¡Ay!! ¡Cómo es lindo. Papasito lindo!—dijo la viejaza aquella y al mismo tiempo le cogió la cabeza, lo atrajo hácia ella y le chupó la boca en un espasmo salvaje y descarado de lujuria. Bigotes Chinescos lanzó una carcajada que era un alarido.

Doña Torosia chupaba la boca del judío y repetía la operación. Luego le habló al oído como queriendo decirle algo en secreto pero que todo el mundo oía:

—Mira Esta noche sabes? Esta noche Vas, he? Yo te esperaré.

—El Judío se reía y sus manos tocaban indecorosamente á la vieja, sin cuidarse de los demás, los que reían gozando con aquel diverti-

miento extra-lascivo.

Los dos jóvenes judíos Arnold habían llegado al Mineral procedentes de la Sierra hácia poco tiempo. Al principio habían sido mal aceptados por que la emprendieron luego en negocios de burdeles asociándose comercialmente con mujeres que los regenteaban, pero como ésto les dejara magníficos rendimientos, el éxito les abrió las puertas de aquella buena sociedad. El Judío mayor era el capitalista en aquellos negocios y los buenos miles de duros que se había ganado y sus escepcionales aptitudes políticas empezaban á llamar la atención. Formaba ya parte del H. Ayuntamiento y no tardaría en que fijaran en él sus miradas, tanto el Rey como el Gobernador y el valiente militar Jefe de aquella Zona para escojerlo como futuro Presidente Municipal del lugar, cuando el Cashier cumpliera su periodo y fuera necesario, acatando nuestras sabias leyes, elegir democráticamente otro Presidente Municipal, justamente como cada cuatro años tenemos el gran placer de elegir y reelegir á nuestro adorado Presidente de la República, Exactamente el mismo, el mismo caso.

Ahora la música tocaba unas cuadrillas y dos filas laterales de bailadores se preparaban á las

evoluciones simbólicas de ese baile.

Todos hablaban en voz alta. El champagne á pasto brillantaba los ojos y las miradas lujuriosas de ellos penetraban en ellas hasta no se donde

Los Alvarez y el Cashier se habían retirado escandalizados de lo que allí pasaba, á pesar del sincero placer que debía causarle al Cashier aquella obra suya.

De vez en cuando se escuchaban gritos salvajes lanzados por los bailadores que eran coreados alegremente por las muchachas.

La música de las cuadrillas y sus evoluciones dán idea de un baile primitivo por más que se le quiera hacer caballeresco, y naturalmente las gentes se vuelven primitivas también. Al ejecutar las marchas se apretaban las manos libremente y algunos aprovechaban el tiempo esperando á su pareja para estrechársela con toda efusión y fuego.

Un muchacho que bailaba con una chiquilla de quince años había logrado que ésta lo besara. Primero lo hicieron disimuladamente pero ya después lo hacían sin cuidarse de nadie prolongando los besos, chupándose lascivamente las bocas hasta fatigar los labios por el esfuerzo de la succión.

Castañeta se había reunido á su "conyugüe" y le platicaba, enardecido lúbricamente por los recuerdos, la práctica de sus mutuos amores, en sus tiempos juveniles. Algunas veces ella le pegaba con su abanico en la cara.

Una de las solterones Rosas, se acercó á ellos. Era una jamona alta, de exageradas caderas que golpeaban el vestido al andar, en un ritmo lúbrico é incitante como una invitación de hembra ardiente; de abultados senos y que miraba de un modo azás provocativo.

—¡Allí viene la Chole! Vieja, mírala, parece toro en plaza. ¡¡Ah!! ¡Hija!—prosiguió dirigiéndose á ella—Si vieras "pa" lo que me "cuadras?."

—"Pa" qué? Tío.

—Mira. Se lo voy á decir á la Vieja y ella que te lo diga.

—Vamcs á ver—dijo Chole.

Castañeta le habló á la vieja en secreto y al mismo tiempo metía sus manos entre sus propias piernas y se las restregaba picaramente. A la Vieja le brillaban los ojos con lujuriosa malicia.

—No. No se lo digo—exclamó la Vieja después de oír el secreto.

—Sí, tía. Dígamelo—suplicó, con fingida y

traviesa ansiedad, la jamona.

—A ver. Arrímate, pues,—le habló al oído durante un momento ocultando las dos caras con el abanico abierto, luego inspirándose la muchacha en la misma picardía del viejo, le dijo:

—Eso? Eso quisiera Vd. pero ya no puede, ya no puede. Újule.—y se reía con todas sus ganas.

—¡Anda! ¡Anda! ¡Bribona!. Si quieres haremos la prueba y verás.... Te gusta?.

La muchacha rió más todavía. El viejo se había puesto de pié y se repegaba desvergonzadamente á la muchacha á quien hacía mucha gracia aquello y también procuraba unírsele más estrechamente.

—¡¡Errial! ¡¡Viejo lépero!!—le dijo su mujer y lo iba á retirar cuando pasó el abogado Castro ya bien repleto de champagne, de lunch, de whiskey, de bacanora & & &.

¡¡¡—Guajáy!!! ¡¡¡Guajáy!!! ¡¡Andale Castañeta ¡¡métele al menudo que ya se acaba!!—le gritó con todas las fuerzas de su gznate.

A Castañeta no le gustó el dicho del abogado y le contestó con una asquerosa insolencia; aquello hizo reir más á Castro pero se retiró prudentemente temiendo las “trompadas” del Juez.

Los músicos soplaban barbaramente los “two

—steps” pero ahora ya no se bailaban al estilo americano sino que cambiando de nacionalidad adoptaban la cadencia, furiosa, algunas veces, y otras llenas de la lánguida laxitud de los bailes árabes.

.....

Repentinamente, entre la algazara general que ya había llegado al período álgido, se escuchó el chasquido que produce la mano al pegar estendida en la cara, seguido por un grito femenino de dolor. Se comprendía que la cachetada había sido “bien dada,” como se dice en términos de pleito. Se interrumpió el baile y la música y se formó un corro de todos los asistentes alrededor de un grupo formado en medio del salón por un joven como de veinticinco años que acompañaba á una muchacha como de veinte, delgada, con una delgadez casi rayana en raquitismo; lloraba amargamente y se cubría con el pañuelo el carrillo izquierdo enrojecido por la cachetada, que tan sonoramente se había escuchado. Enfrente de ellos un muchacho como de veintidos años, robusto y con cara bestial, contraía todavía furiosamente el entrecejo; era el que había “pegado” la cachetada á la muchacha raquílica. Esta, que era su novia, bailaba con otro y esto había motiva-

do la "cachetada". El ofensor se llamaba Pablo Rubín y era hijo del Comisario de Policía del Mineral. El corro que formaban los concurrentes rodeaba á las tres personas que hemos descrito. Todos hablaban en alta voz é inquirían lo que había pasado, aturdiéndose unos á otros. El mismo padre de la muchacha se encontraba allí, pero la cuestión era árdua de resolver para aquellas gentes por que decididamente el temor al padre que, como hemos dicho, era el Señor Comisario, les impedía castigar al miserable y todos fingían no entender lo que había pasado. El padre de aquel briboncillo estaba allí también; un hombre gordo, cara de asno que cuando hablaba lo hacía antes que su cerebro concibiera algo, preguntaba también; fingiéndose más estúpido de lo que era en realidad.

—Queeeeeee . . . paaaaaasa. Que haaaaaa pasaaaaado preguntaba.—naturalmente nadie contestaba por que era innecesario hacerlo. Luego se dirigió al muchacho:

—Que haaaaaaaa paaaaasaaado puuuues.? Paaaaaabliiiiiiiiito.

—¡Qué le importa! ¡Viejo vaina!—le contestó el "macho" aquel poseído de el más profundo y filial respeto.

Todavía el furor embargaba al muchacho cuando se acercó al grupo un americano de los bailadores y rápidamente se informó de lo que había pasado y sin esperar más, agarró brutalmente al Pabliiiiiiiiito por el pezcueso obligándolo á agachar la cabeza, lo impulsó bárbaramente de un puntapié tremendo que le atizó por la trasera, arrastrándolo fuera, cruzando todo el salón y oprimiéndole con mano ferrea. Todos callaron. El padre abrió el hocico queriendo hablar pero se le atravesó el bozal. Siguiéron por la sala de espera y por fin en el vestíbulo de las escaleras lo lanzó al suelo. El canallita se levantó y pronunció entre dientes un —God dam—Entonces el Yanqui "agarrándole" de los cabellos le dijo en inglés:

—You get away, and if you do not keep your words to yourself I will break your head. Understand? ¡Damn'd bastard!

El Paaaaaablito bajó la escalera acobardado

La inauguración del Salón de Cabildos y de la noble y caballeresca y cristiana asociación de los Knights of Columbus había sido cerrada con el consabido "broche de oro."

CAPILLA ALFONSEINA